

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

Bebé entrenado

COLIN MILTON

Bebé
entrenado
por
Colin Milton

Título: Bebé entrenado

Autor: Colin Milton

Editor: Michael Bent

Editorial: AB Discovery © 2021

www.abdiscovery.com.au

Fue un día típico para mí, el día de un bebé grande.

La tía Margaret y mamá se rieron al mirarme, tumbada en mi cuna. Con los pies colgando, mamá me dio un sonajero. Su sonrisa, que solo yo veía, era burlona y parecía satisfecha.

“Entretenga a la dama”, me animó mientras daba un paso atrás para observarme y burlarse aún más, con las manos en las caderas.

Sacudí el sonajero, esperando que su ruido de alguna manera ocultara mi creciente vergüenza, pero, por supuesto, solo me expuso a más burlas por parte de las damas.

Mientras mamá iba a buscar mi biberón de leche para bebé, oí a la tía Margaret reírse entre dientes ante la idea de que yo tuviera que tomar un biberón de fórmula infantil real.

Mamá probó la temperatura de la leche de una forma novedosa, no prevista ni promovida por el Dr. Spock. Riendo, invirtió el biberón sobre mi zona del pañal y dejó que la leche goteara de la tetina sobre mi orina excitada. Una vez satisfecha de que la leche estaba en su punto justo, le ofreció el biberón a la tía Margaret para que pudiera alimentar al bebé. Mamá rió emocionada, pues sabía lo emocionada que me sentiría al ser alimentada por su amiga.

La tía Margaret se acercó, el sonido de sus tacones sobre el piso de madera de alguna manera reforzó mi sumisión hacia ella y, por supuesto, hacia mamá.

—Gurglen para la señora —dijo mamá bruscamente.

Gorgoteé un poco mientras la tía Margaret se inclinaba lentamente hacia adelante, mientras arrullaba: «Buen chico. Buen chico».

Mientras me colocaban con firmeza la tetina del biberón, la tía Margaret le preguntó a mamá si debía beberme toda la leche.

Mamá respondió que me la bebería entera o me daría una nalgada. Así de simple.

Amamanté el biberón con satisfacción, mirando feliz a la tía Margaret mientras ella y mamá charlaban. La tía Margaret hablaba muy bajito cuando estaba a mi lado, quizá para no asustar al bebé con un volumen de conversación normal.

"Se moja mucho. Así que siempre le pongo dos pañales", dijo mamá. La tía Margaret sonrió pensativa mientras giraba el biberón ligeramente para que entrara aire, mirándome fijamente, sonriendo y asintiendo suavemente para animarme a que bebiera todo el contenido.

"¿Verdad que eres un bebé con suerte?", preguntó mamá, sabiendo que no habría respuesta verbal. La verdad es que me sentía el bebé adulto más afortunado del mundo. Tenía a una hermosa mujer dándome el biberón y a mi preciosa mamá a mi alrededor preparándose para ponerme un pañal limpio (o dos).

—Le he contado a la señora todo sobre ti. Lo que haces y lo que te obligo a hacer —bromeó mamá.

Mamá me puso el pañal sobre el pene erecto y, como estaba tan excitado, no pudo abrocharlo fácilmente. La solución fácil, pero dolorosa, de mamá fue darle un azote. Fuerte. Hice una mueca y enseguida abroché el pañal.

Poco después, la tía Margaret se dio cuenta de que me había terminado el biberón, se levantó y lo devolvió a la mesita. Mamá se inclinó sobre mí, sonriendo, diciéndome que era un "...bebé precioso...". Escuché su voz tranquilizadora y cariñosa, y todo volvió a la normalidad.

Mamá desdobló otro pañal y pensó que, una vez que me pusiera el pañal, me dejaría arrastrar los pies por el suelo de la habitación (boca abajo) y quizás incluso acariciar los tacones de la señora. Mamá sabe de mi deseo constante de mamar de algo y, al parecer, está explorando todas las posibilidades.

Con el pañal nuevo bien abrochado, mamá retrocedió para inspeccionarme. Miré hacia los pies de la cuna y vi a la tía Margaret abriendo un pantalón de plástico, estirando la goma, sin dejar de mirarme fijamente; sus ojos me decían claramente que me iba a poner esos pantalones ridículamente infantiles. Sabía cómo me hacían sentir sus bromas. Casi podía sentirme temblar de la emoción.

“¿Puedo?” preguntó la tía Margaret a mamá.

—¡Claro! ¿Vas a ponerle los calzoncillos al bebé? Mamá estaba a mi lado, con los brazos cruzados, mirándome a los ojos, consciente de lo emocionada y humillada que estaba. Me sonrió y arrugó la nariz.

La tía Margaret me puso los pantalones con mucha fuerza. Su actitud me demostró lo ridícula que me consideraba. Comprobó cómo me quedaban los pantalones y pasó la mano por la parte delantera y el pañal.

“¡Parece un bebé muy feliz!” observó riendo mientras sentía mi erección a través del acolchado. Mamá se inclinó y se unió a mí, haciendo crujir los pantalones y los desechables gruesos que había debajo.

—La señora sabe cómo tratar a los pequeños como tú. — Mamá hizo una pausa—. ¡Firme! ¡Azotes! ¡Mueve tu sonajero en señal de agradecimiento! —dijo con desdén mientras me ponía el juguete infantil en la mano.

La tía Margaret eligió mi ropita de bebé y mamá buscó accesorios como mitones y patuquitos. Hice una mueca al pensar en que me pusieran ropa de encaje de niña. Mamá ridiculizó mi expresión de incomodidad y me recordó que me pondría lo que ella eligiera. Entonces oí mencionar las "medias". ¡Medias rosas! Me dio un vuelco el corazón, pero estaba claro que la idea les atraía tanto a mamá como a la tía Margaret. Mamá especuló que tal vez la tía Margaret tenía una vena cruel, queriendo vestirme de niña.

"¡Tenemos un montón de medias rosas!", dijo mamá al acercarse a la cuna. "¡Medias rosas de bebé para ti!", rió mientras empezaba a pasármelas por las piernas desnudas. "Luego puedes agradecerle a la encantadora señora arrastrándote entre sus talones y enseñándole tus juguetes".

La instrucción de mostrarle mis juguetes me resultó muy humillante. Justo el tipo de instrucción que cualquier madre orgullosa le daría a su hijito.

"Tendrás que entretener a la señora para que su visita valga la pena, ¿no?" Se giró, una vez más, hacia la tía Margaret, explicándole mi rutina de bebé y disfrutando diciéndole que yo era una buena fuente de entretenimiento, particularmente cuando me ponía en el corral.

Lenta y deliberadamente, me subieron las medias. Me veía y me sentía ridícula. Mientras mis ojos vagaban por la habitación de los niños, mamá notó que miraba a la tía Margaret y me advirtió que mejor no pensara en mamar de sus pechos o me azotarían. Sin embargo, era difícil no pensar en ser amamantada de sus pechos mientras la tía Margaret, de pie a un lado de la cuna, le acariciaba suavemente los pechos y sonreía.

"¡Serían pensamientos muy groseros si los tuvieras!", me recordó mamá.

Las medias del bebé se colocaron en su lugar y mamá las ajustó para lograr el "mejor efecto".

—¡Ay! —dijo mamá, recordando de repente—. Tengo unos chocolates deliciosos que podríamos compartir. ¿Y luego podríamos escupir un poco en la alfombrilla para que el bebé los lama? ¡Cómo le gusta! Come muy mal y a veces le froto la cara con él. ¿No se ve ridículo con sus medias de bebé?

La tía Margaret estuvo de acuerdo: "¡Ridículo!"

“Luego, mitones y patuquitos verdes tejidos. Claro, no combinan, pero no importa. ¡No tiene estilo!”

Sin darme cuenta, empecé a chupar el plástico del sonajero. Mamá se dio cuenta y decidió que sería mejor que tuviera un chupete en la boca. Me dijo que hiciera ruidos fuertes al chupar antes de que mamá me obligara a meterme la tetina de goma entre los labios para silenciar cualquier otro ruido.

Mamá me explicó lo que tenía que pasar. Me vestirían y me pondrían en la alfombra de juegos de la guardería. Tenía que enseñarle mis juguetes a la tía Margaret y luego las señoras escupirían chocolate en la alfombra para que yo lo lamiera.

Con la misma eficiencia de siempre, mamá me puso mi mono azul, explicándole a la tía Margaret que ahora toda mi ropa debía tener broches de presión para facilitar los cambios de pañal. Con el volumen adicional del pañal doble, el mono me quedaba un poco apretado, pero mamá simplemente dijo que tendría que tener marcas de elástico en las piernas para que todos supieran que toda mi ropa era elástica y tenía broches de presión, como la de cualquier recién nacido.

Mamá me eligió un gorro de lana, mi favorito en realidad, y mientras me lo abrochaba comentó que me hacía parecer aún más ridícula.

Realmente realza la ridiculez de las medias rosas. Pareces un bebé tonto vestido por mamás para pasar un buen rato. Y, por supuesto, eso era exactamente lo que era.

Escuché a mamá y a la tía Margaret hablar sobre un matamoscas de plástico que mamá sugirió que podrían usar conmigo si las desagradaba. Decidí hacer todo lo posible por divertirlos y entretenerlos. No quería una paliza. No me gusta nada. Mamá, y ahora la tía Margaret, saben lo efectivo que es para disuadirme, aunque el dolor insoportable que siento por una paliza

es menor que el que siento cuando he molestado o decepcionado a mamá.

Pronto estaba sentada sobre mi trasero en pañales frente a la tía Margaret. Mis ojos iban de su rostro a sus talones, a sus pechos y luego los apartaba rápidamente cuando ella notó dónde se posaba mi mirada. No quería que ella ni mamá me castigaran por haberme portado mal.

El talón de la tía Margaret estaba frente a mi cara, con la pierna cruzada para levantarlo hacia mí. "¡Tócalo, Diddums!", me dijo mamá.

¡Cuánto placer con cosas tan ridículas! Le fascinan esas cosas. Sé lo que está pensando: quiere metérselo en la boca.

Seguí acariciando su talón, sintiéndome cada vez más excitado. Sabía lo estúpido y patético que debía parecerles a ambas, pero no podía resistir el impulso de hacerlo.

La tía Margaret dijo que si conseguía sacarme el chupete de la boca, me permitiría mamar de su talón. Al instante, empecé a intentar sacar la tetina por la boca de la máscara de goma que me habían obligado a usar. ¡No fue fácil! Mamá se arrodilló a mi lado y se rió de mis patéticos intentos de obedecer.

"¿Ni siquiera puedes escupir tu chupete?", se burló. "¿Qué patético? ¿Un bebé que ni siquiera puede escupir su chupete?", aplaudió encantada.

Finalmente, lo saqué de mi boca y me puse a mamar del talón de la tía Margaret. Fue muy emocionante. Mamá se rió y dijo que habría que desinfectar el talón de la tía Margaret después de haberlo tocado con la boca.

"Gira la cara hacia mamá, bebé".

Me moví arrastrando los pies y observé cómo mamá sacaba una toallita desinfectante. Pensé (por un momento) que mamá se la iba a ofrecer a la tía Margaret, pero no. Me la metió en la boca y

señaló los talones de la tía Margaret. "Quiero que uses esa toallita para limpiarle el talón a la tía Margaret. Creo que un bebé debería trabajar, no solo descansar y jugar".

Torpemente, me puse a frotarle los talones a mi tía con la toallita. El fuerte sabor de la toallita antibacteriana me llenó la boca.

—¡Ah, sí! Tengo estos chocolates —recordó mamá, y seguí limpiándole el talón.

Mientras los envoltorios de chocolate crujían suavemente, sentí que había cumplido mi tarea. Me incorporé y miré a mamá, provocando la risa de ambas al sentarme en posición de firmes con una toallita blanca colgando de la boca. Bajé la cabeza avergonzado y la toallita se me cayó de la boca. Mamá se detuvo.

"¿Te dije que lo dejaras?" me espetó enojada.

Sabía que debía volver a recogerlo. Me incliné hacia adelante, pero no pude sujetar la tela con la boca. Empecé a sentir que no podría hacerlo. Finalmente, lo agarré entre mis labios y me incorporé de nuevo, ansioso por recibir elogios.

"¡También está entrenado para cachorros!", le dijo mamá a la tía Margaret. Me extendió la mano mientras yo agarraba la toallita. "Vete", ordenó con esa voz de "dueña" que tanto conozco y adoro. Me incliné y la puse con todo el cuidado posible en su palma abierta.

Para demostrarme algo de mi entrenamiento de cachorro, mamá movió la tela en su mano burlándose de mí.

"¿A dónde irá?"

La dejó caer a un lado y se oyó la orden de "¡Trae!". Esta vez fue más fácil recogerla. Se la puse a mamá en la mano, y ella se alegró.

—Creo que se merece una pequeña recompensa, ¿no crees?
—preguntó mamá a la tía Margaret.

Observé , absorta, cómo mamá se llevaba el chocolate a la boca.

¿Lo quieres? ¿Lo quieres?

Mamá exclamó de forma exagerada para excitar tanto al bebé como al cachorro que llevo dentro. No podía apartar la vista de ella en ese momento. Estaba claramente saboreando el chocolate y mi obediencia incondicional mientras cogía el envoltorio y me lo metía en la boca con la orden de «Sujétalo». Lo sujeté.

“A los bebés les encanta que los envuelvan”, dijo mientras lo retiraba una vez más.

—¡Retrocede! —Retrocedí y vi cómo mamá se inclinaba hacia adelante y escupía en la alfombra. Una mezcla espesa de saliva, chocolate negro y cereza masticada.

—Eso es para ti, cariño. Es tu recompensa. ¡Lame!

Antes de ser de mamá, algo así no me habría parecido una recompensa en absoluto , pero tal ha sido su efecto en mí; realmente lo sentí no solo como una recompensa, sino también como un honor que decidiera compartirlo conmigo, de cualquier manera. Me puse manos a la obra como pude. Lamí y chupé los restos masticados.

Al incorporarme, la tía Margaret y mamá se rieron a carcajadas de mi aspecto. ¡Tenía la cara cubierta de chocolate! Mamá me tomó fotos y volvió a burlarse de mí. A pesar de mi degradación y de sus risas, me alegré de haberlas entretenido.

Observé cómo la tía Margaret masticaba su chocolate, esperando y sabiendo lo que se esperaba de mí.

La tía Margaret se levantó y dejó caer el chocolate masticado de su boca sobre la alfombra de goma. Mamá simplemente lo señaló y yo acerqué la cara a la alfombra para comerlo.

Error.

La tía Margaret no me había dado permiso y yo había interpretado la indicación de mamá como un permiso. ¡Qué tontería! Mamá, por supuesto, se dio cuenta y se enfadó.

Me desabrochó los broches del pelele y me bajó las medias y el pañal. Sabía lo que iba a pasar y me preparé para recibir el castigo, mientras me maldecía por mi estupidez y la presunción de que podía tomar mis propias decisiones.

Mientras me bajaban los pañales, la tía Margaret metió juguetonamente un envoltorio de chocolate entre las nalgas, lo que, por supuesto, causó mucha hilaridad entre las chicas. Mamá le preguntó a la tía Margaret si creía que debía darme azotes o azotes. La tía Margaret decidió que una nalgada con sus guantes de cuero era lo indicado. Me dio varias nalgadas con fuerza en cada nalga. Quizás sea una tontería decirlo, pero la tía Margaret y mamá se dan azotes de forma diferente. Ambas, sin embargo, son dolorosas. El verdadero dolor, por supuesto, viene de saber que las he disgustado.

Después de la nalgada, mamá me dijo que besara las botas de la tía Margaret para agradecerle por corregirme y castigarme. Me sentí honrado de hacerlo cuando puso el pie en el suelo frente a mí. Mientras lo hacía, mamá me subió el pañal y las medias una vez más. Satisfecha de haberme disculpado como era debido, la tía Margaret me dio permiso para comerme la saliva de chocolate.

Mamá me dio un sonajero y otros juguetes y me dijo que entretuviera a la tía Margaret. Cohibida, empecé a jugar. La tía Margaret puso a prueba mi instinto de captura, que le pareció deficiente. ¡Ni siquiera logré atrapar el cubo de tela! Mamá decidió que debía volver a la cuna, pero por desgracia, al volver a meterme, me manché las medias con chocolate, lo que no le dejó otra opción que castigarme de nuevo.

Antes de eso, sin embargo, mamá decidió burlarse de mí otra vez llamándome niña. Me ataron una cinta a la pis. Fuertemente.

Protesté, pero las protestas solo me valieron la promesa de más azotes.

Con mis piernas en alto en el aire, la tía Margaret tomó el matamoscas y comenzó a azotarme el trasero.

Con cada palmada, oía la voz de mamá: «Eres una niña. Eres una niña. Una niñita».

Lamentablemente, el tiempo había pasado demasiado rápido y la tía Margaret estaba a punto de irse. Mamá me dijo que gorjeara para ella. La tía Margaret me acarició la orina y las ciruelas con el matamoscas. No sabía si estaba a punto de azotarme con él. Por suerte, solo me acarició. Agité el sonajero para despedirme mientras mamá y la tía Margaret charlaban en la puerta.

“¡Adiós, cariño!” dijo con la mano y se rió mientras se marchaba.

Tras cerrar la puerta, mamá regresó a la cuna y me habló con cariño de la tía Margaret y de cómo sabía lo que yo había estado pensando. Me dijo que iba a prepararle una crema para demostrarle mi aprecio. Mamá le puso un sonajero a mi chupete y me lo volvió a poner.

Mamá me dijo que pensara en la tía Margaret mientras le hacía una crema. Otro sonajero cremoso en mi muñeca izquierda, otro en la derecha. Haciéndome parecer y sonar aún más ridícula. Mamá tomó un sorbo de vino tinto y luego lo echó de su boca sobre mi orina. Me subió el mono por la barriga.

Ahora, nena. Mira ese patético pito en tu braguita. En tu braguita con mitones. ¿Recuerdas cómo te humilló la señora poniéndote medias de bebé? Te hizo chuparle los talones e hiciste lo que te dijo, y ella te azotó el trasero y te acarició el pito. Ahora, nena, veamos tu patético pito en honor a las burlas de Lady Margaret.

Bebé entrenado

Más rápido. Más rápido, chúpate ese chupete. Ahora, más despacio. Para. Empieza. Para. Más rápido.

Ella era controladora, burlona y ridiculizadora. Usaba las palabras que sabe que me excitan, y me corrí a borbotones mientras mamá se burlaba de mí.

Un poco de crema para bebés. No creo que realmente creyera que eras tan patético hasta que te vio. Te vio con sus propios ojos. Qué mujer tan encantadora es y qué bebé tan patético eres tú. Te has hecho pis y estás cubierto de chocolate. Un bebé típico.

Mamá estaba sentada, bebiendo su vino, hablando suavemente. Bromeando suavemente. Yo era completamente suyo, y ella lo sabía.

Ahora que ya te has tranquilizado y drenado, puedes comerte un osito de galleta. Chúpalo. No lo muerdas. ¡Hazlo mientras recojo después del entretenimiento de las chicas!

Chupé suavemente la galleta y me sentí más tranquila y segura. También tenía bastante sueño. Había sido un día largo para un pequeñín.

Me sentía completamente agotada. Mamá me dijo que si necesitaba hacer pis, tendría que llorar para que me lo permitieran.

Se acercó a mí, como siempre hace cuando lloro, y empezó a acomodarme el pañal. Me sorprendió que no me lo subiera ni me lo abrochara bien. En cambio, se apartó y me dijo que me iba a hacer pipí encima. Tragué saliva. Mojarse en un pañal es humillante, pero que me obligaran a orinar directamente encima... eso era algo nuevo.

Nuevo pero necesario.

Fue una orden de mamá y, como tal, tenía que hacerse. No tenía sentido enojarse, tenía que hacerse. Al comprenderlo, intenté relajarme mientras escuchaba la voz de mamá. Pronto empezó a

orinar. Mamá se rió a carcajadas mientras me orinaba sin control. Mamá pensó que era divertidísimo y volvió a tomar fotos mientras me reprendía suavemente y seguía riendo.

“Siempre un bebé. Siempre un bebé”, reflexionó mamá.

“Ahora a llenarte de nuevo, cariño”, dijo mientras me entregaba un biberón grande con agua tibia.

Eres incontinente y por eso tienes que usar pañales todo el tiempo. Sin autocontrol. Acostado en tu propio pipí.

Mamá me quitó las medias rosas de niña y me alegré de verlas desaparecer.

Mamá levantó el pañal para mostrarme lo que había hecho. “Un pañal para hacer pipí”.

Como siempre, cuando me han puesto crema y me he mojado, sabía que mi orina estaba arrugada y patética. Mucho más apropiada para el pañal. Mamá me limpió con una toallita húmeda y me relajé. Al relajarme, mis piernas se cerraron. Mamá se dio cuenta enseguida y me dio una palmada en las piernas, recordándome que debo tener las piernas abiertas en todo momento. Los bebés tienen una memoria muy corta.

Después de limpiarme bien, mamá me aplicó crema para pañales en la orina y el culito, luego un poco de aceite y, por último, un poco de talco aromático para bebés. Todo fue rápido y eficiente, como cualquier mamá ocupada con un recién nacido al cuidado. Hizo una pausa y me evaluó: «¡Qué criatura tan patética!».

Me subieron el pañal que quedaba y mamá me habló con dureza sobre un poco de crema que tenía en el ombligo. Lo limpió rápidamente y pareció satisfecha. Su cercanía era abrumadora. Adoro su cercanía. Me limpió la cara con cuidado, reprendiéndome todo el tiempo por ser una *“cosita sucia”*.

Entonces vi a mamá traer algo a la cuna que nunca había visto. Un objeto grande y colorido con personajes de Winnie the

Pooh por todas partes, y un montón de correas. Poco a poco empecé a darme cuenta de lo que podría ser.

"Te voy a poner el inmovilizador", dijo mamá. Había visto algo así antes, pero nunca imaginé que me tocaría. Me acosté sobre él mientras mamá abrochaba los clips y las correas. Mis piernas se abrieron mientras esta sólida sujeción se sujetaba a mi cuerpo. No podía hacer nada más que quedarme tumbada boca arriba. Inmóvil. Tan inmóvil como un recién nacido. No podía girar ni doblarme. Simplemente era imposible. Mamá tensó las correas aún más, impidiéndome moverme. Fue una sensación fantástica. Me sentí segura, controlada y en paz.

Para realzarlo, mamá levantó el borde de la cuna una vez más. Se puso de pie y me miró. Sonriendo. Así debía sentirse el cielo. Mamá estaba segura de que no me iría a ninguna parte.

Dijo que estaba muy contenta con su bebé inmovilizado.

"Puedes echarte una pequeña siesta en la cuna mientras mamá ordena la habitación del bebé y le envía estas fotos a Lady Margaret".

Me ordenaron cerrar los ojos y oí los pasos de mamá en la habitación del bebé. Dio cuerda al móvil de cuna y comencé a relajarme cada vez más en el mundo infantil en el que mamá me hace vivir.

Empecé a sentir frío y, estúpidamente, volví a atraer la atención de mamá de una forma casi adulta. Mamá prometió que, una vez terminada la siesta en la cuna, me azotarían por mi error. Estoy aprendiendo, pero poco a poco.

Mamá me puso con cuidado una manta de bebé sobre las piernas y los pies, y me calenté. La manta con los ositos es mi favorita. Me encanta.

"Pon tus bragas debajo de la manta de la cuna". Lo hice de inmediato y fui recompensado con un "Buen chico".

No podía dormir, así que mamá dijo que me aprovecharía y me daría una nalgada, ya que había hecho mal en no avisarle de mi frialdad llorando. Sabía que había cometido un error, pero no quería que me la pegara.

“La única comunicación que tienes es llorar y chupar”, me recordó.

Una a una las correas se fueron desatando.

“No quiero que te muevas, quiero que estés totalmente inmovilizado. Apenas puedes gatear. De ahora en adelante, arrastra los pies. Si intentas gatear, fracasarás. Solo habrá más y más regresión para ti. Eventualmente, todo lo que podrás hacer es chupar, llorar y llenar tu pañal. Apenas podrás moverte, tal vez un pequeño gorgoteo de vez en cuando. Eso es todo. ¿Eres un bebé chiquitín?” Ella canturreó. “¿Quieres a tu mamá? ¿Llenas tu pañal? ¿Chupas tu chupete?” ¡Dios mío! Cuánto puedes hacer. ¿Verdad que eres listo? Qué orgullosa estoy de tener un bebé que puede hacer todas esas cosas. Poder chupar un chupete, llorar y usar su pañal. Un bebé listo. Algún día podrás gatear, pero lo dudo. Si gateas, te daré una bofetada. Quiero que te debilites cada vez más y más. Y pipí y pipí. Eso es todo por ti. Eso es todo lo que harás. Voy a tomar algunas fotos y enviárselas a las señoras. Les conté lo del inmovilizador. Les dije que te lo iba a comprar. Cuando cuiden a los niños, te pondré el inmovilizador.

¿Cuidar niños? Abrí los ojos de par en par. Nunca lo había considerado posible, pero conociendo a mamá, todo es posible.

No tendrán que hacer nada. Solo mirarte de vez en cuando. No tendrán que preocuparse de que hagas travesuras. Estás inmovilizado, pero no sabes lo que eso significa, ¿verdad? Eres un bebé, mi bebé. Déjame oírte llorar.

Lloré unos segundos hasta que me dijeron: ¡Basta!

Me detuve instantáneamente cuando mamá comenzó a quitar el inmovilizador.

Bebé entrenado

Al desabrocharlo, volvió a mi fechoría. Vi una paleta en su mano e hice una mueca, incluso antes de que comenzara el castigo.

Me pusieron las piernas en alto, lo que le permitió a mamá acceder fácilmente a mi trasero. Insatisfecha con su posición, mamá me sujetó las piernas con las correas. Después de varias bofetadas, me encogía y me dolía.

Eres un bebé patético, nada más y nada menos. Si tienes hambre, lloras. Si estás sucio, lloras. Si estás mojado, lloras. Ni se te ocurra hacer otra cosa.

Poco a poco fui aprendiendo la lección. Mamá me sacó de la cuna y me puso en el suelo.

Agárrate a los talones de mamá, nena. Quiero que te metas debajo de su falda. Manosea con el dobladillo, solo eres una bebé... manosea... Lentamente, pero con seguridad, intenta meterte debajo de mis faldas. Pon tu cara en mi trasero. Esa es una bebé buena. Arrastra los pies hacia mamá. Te están enseñando a meterte debajo de las faldas. Ahí es donde buscas comodidad y seguridad. Esa es una bebé buena. Hice todo lo que me pidió. Felizmente.

Mamá avanzó lentamente, y yo me arrastré sobre mi trasero lo mejor que pude. Mamá me indicó que me sentara contra la pared, debajo de Boots la Jirafa, el nuevo medidor. "Mamá quiere ver qué tan alta, pequeña, diminuta eres".

Se echó a reír al ver que ni siquiera llegaba a la base de las patas de la jirafa. «Ya veo lo pequeño que eres. Ni siquiera necesito mirar los números. Tienes el tamaño de un recién nacido. Perfecto. Nunca crecerás más».

Ahora, debajo de las faldas. De frente. ¡Mira los pantalones bombachos especiales de mamá! ¡Mira las partes especiales de mamá! ¡Qué bien, bebé! Estás entrenado para usar los talones y la falda. ¡Qué bien, bebé!

Bebé entrenado

Me dio una palmadita en la cabeza para felicitarme. Me sentí como el bebé más rico del mundo.

Mamá regresó hacia mí y me dio la espalda.

"Bajo la falda. Cara a mi trasero". ¡Menuda instrucción!
"Buen bebé".

Me abrazó unos segundos y disfruté de la cercanía y la intimidad. Tan precioso. Una vez más, mamá había cumplido mis sueños. Me había abierto nuevas experiencias y emociones. Ser controlada y sometida a la regresión de mamá es indescriptible. La visita de la tía Margaret expandió aún más esos límites.

Poco después, mamá me dijo que no podía llamar a su visita Lady Margaret, que siempre debía ser «tía Margaret» y que yo siempre debía ser su sobrino recién nacido. Estoy deseando que llegue su próxima visita.

